



Una espiritualidad dominicana de animación y formación¹

Hna. Margaret Ormond, O.P.

Veinte años atrás, los comunistas encarcelaron a un teólogo vietnamita. Después de un cierto tiempo, algunos de sus compañeros y carceleros le preguntaron al prisionero cómo lograba mantener su fe y esperanza. Él sabía que tenía que contestar de un modo que lograran entender, sin utilizar una terminología escolástica, sino que con la simple verdad del Evangelio. Por fin, encontró el modo de explicarles y dijo: *“Dejé todo porque amo los defectos de Jesús: tiene una memoria terrible, no conoce ni la lógica ni la matemática y no comprende las finanzas ni la economía.”*

Para hablarles de la Espiritualidad Dominicana de la Animación y la Formación, mis estimadas hermanas, que viven en esta realidad cotidianamente, pienso que podría comenzar afirmando que podemos aprender mucho sobre este tema si nos fijamos en los defectos de Domingo.

Domingo desobedeció a algunas de sus propias reglas y no respetó ciertas leyes de la Iglesia. Ni logró concretar algunas de sus ideas y se encargó de más cosas de las que podía. En cierta forma, fue negligente ya que no dejó unas reglas o algo escrito para orientar e inspirar a sus discípulos, como hicieron otros fundadores.

¿Cuáles son las cualidades que pienso caracterizan la animación y formación dominicana? Muy sencillamente, son: *la confianza, la sinceridad y la amabilidad*. Analizaré el fundamento dominico de cada una de estas cualidades, qué sucede cuando faltan estas cualidades en la animación y la formación, y algunas sugerencias para lograr incorporarlas en nuestra vida cotidiana.

Confiar en Dios

Schillebeeckx afirma que la Espiritualidad Dominicana consiste en la “Fe en la prioridad absoluta de la gracia de Dios antes de cualquier acción humana: la orientación teológica de la vida Dominicana y su programa en relación con la ética, el mundo, la sociedad y la promoción de las personas”. No hay una preocupación ego-céntrica sino la confianza en Dios. Puedo confiar más en Dios que en mí mismo... Dios todavía brinda un futuro inesperado al significado limitado y alcance de mis propias acciones. Koudelka también se centra en la confianza de Domingo en la Divina Providencia. “Si la Orden tiene la marca indeleble de la personalidad de Domingo, no es porque él haya impuesto o deseado imponer sus propias ideas y temperamentos en ella, sino porque se le entregó su propio sentido del dinamismo de la Divina Providencia, y su inmensa confianza en Dios y en los ayudantes y compañeros que Dios le había dado.”

Nuestra tradición se caracteriza por este principio de confianza absoluta en la Providencia. Desde el inicio, Domingo envió a sus jóvenes predicadores, incluso a los novicios, por todo el mundo y les dijo que él iba a rezar por ellos. Juan de España declaró en el proceso de canonización: “Domingo tuvo tanta confianza en la bondad de Dios que envió aún a hombres ignorantes a predicar, diciendo: *no tengan miedo; el Señor estará con usted y pondrá su poder en su boca*”. Un buen ejemplo de esta confianza se puede ver en la historia de Buonviso: “Fue un novicio y no tuvo habilidad para predicar, porque no había estudiado la escritura. Domingo le dijo que fuera a predicar a Piacenza. Domingo habló con tal encanto que persuadió ir a Buonviso, diciéndole que Dios estaría con él y le pondría las palabras en la boca. De hecho, Dios dio tanta gracia a Buonviso en su predicación que se convirtió mucha gente y tres entraron en la Orden como fruto de esta predicación”. Este modo “despreocupado” de Domingo de enviar jóvenes sin preparación fue muy criticado. Mi opinión es que este método arriesgado estaba relacionado con la confianza de Domingo en la Divina Providencia.

Como fundador, la confianza de Domingo en el Señor es evidente. Esto resulta patente cuando Domingo introdujo la fórmula de la profesión. Los discípulos de Domingo tenían que jurar obediencia ante todo a Dios. En ese entonces, otros grupos religiosos hacían la profesión a alguna Regla o estructura de la Iglesia, pero Domingo insistió en que sus discípulos juraran primero obediencia a Dios. Dios tenía que venir antes de todo lo demás; tenía que ser la primera persona con quien comprometerse. Dios tenía que estar en el primer lugar en la vida religiosa dominica, y tenía que tener la influencia principal en los discípulos de Domingo. En

segundo lugar, ellos tenían que seguir la profesión de superiores, lo que “debe ser relativizado por el reconocimiento explícito de las acciones independientes de Dios”. Ante todo, por último y siempre, debíamos confiar en el Señor. Ayer, hoy y mañana, Dios es en todo momento la fuente de nuestra vida.

Otro ejemplo sorprendente de esta confianza fue cuando Domingo hizo hincapié en la importancia de la mendicidad en el Capítulo de 1220. Si bien antes había hecho concesiones, esperando pacientemente el pleno cumplimiento de ese objetivo, Domingo afirmó que la Orden debía renunciar a todos los ingresos y las rentas fijas, incluso los predicadores ambulantes, los frailes y las comunidades, todos tenían que vivir de la limosna. ¿Cuál mejor demostración de esta confianza en la Divina Providencia que mendigar para las propias necesidades cotidianas? En ese mismo Capítulo, Domingo confió la Orden a sus hermanos y pidió que lo exoneraran de su cargo. Los frailes se opusieron, por tanto Domingo creó un grupo de cuatro colaboradores para que lo ayudaran en el Capítulo. (¡Ese grupo puede considerarse el primer equipo o consejo de gobierno dominicano!). Dado que creía que nada era imposible con la ayuda del Señor, pudo renunciar al sueño de su vida por el cuidado de sus hermanos. Como afirma Schillebeeckx y como creía Domingo, Dios da un futuro inesperado al significado y alcance limitado de nuestras acciones. No es de extrañarse que cuando empezó la controversia sobre la teología de la gracia, los discípulos de Domingo se adhieran a la interpretación que las buenas acciones, si bien son genuinamente personales, se deben completamente al Señor.

Durante toda su vida, Domingo se mantuvo constantemente en contacto con su jefe. Domingo rezaba todo el día, durante los momentos de dificultad, antes de tomar decisiones y fuera de horas. Rezaba en cualquier lugar: en la calle, en la capilla, en la sala del Capítulo, en el Vaticano. Él confiaba en su relación con el Señor de la Providencia. No se trataba de un informe anual o una reunión trimestral de la Junta, o un retiro mensual o un día de oración. Era una relación constante.

Gracias a esta confianza en el Señor, Domingo confió en su comunidad. Deliberadamente intentó no imponer mucho sus opiniones a sus asociados. Después del IV Concilio Laterano, cuando le dijeron a Domingo que tenía que escoger una de las reglas existentes, regresó a casa en Toulouse, para analizar el asunto con su comunidad y escuchar la sabiduría de sus hermanos. Juntos eligieron la Regla de Agustín. Aunque Domingo confiaba en la comunidad, también es evidente que confiaba en sí mismo, creía en sí mismo. Cuando decidió enviar por el mundo a sus discípulos tuvo que enfrentar mucha resistencia, tanto del obispo como de sus hermanos. Él se mantuvo firme y afirmó: “¡Yo sé lo que estoy haciendo!”. ¿Concuerdan conmigo en que una de las características del liderazgo de Domingo fue su confianza, total y absoluta, en Dios para todo? ¿Qué nos pasa como animadoras dominicanas cuando no tenemos esa confianza en Dios?

Confiar en Dios nos permite darnos cuenta que no tenemos que soportar toda la carga. Podemos compartirla con nuestras hermanas, que quieren que les deleguemos poderes. Una vez escuché a un miembro de un equipo directivo expresar urgencia acerca de su ministerio diciendo: “Nuestro equipo tiene tan poco tiempo para completar su labor. Tenemos sólo una pequeña oportunidad, porque ELLAS (los miembros de la congregación) no están equipadas para enfrentar el futuro”. Quizás nuestros miembros ya estaban antes que nos nombraran, y la mayoría de ellos estará allí después que nos vayamos. Y ese enorme sentido común que los ha sostenido a lo largo de los años al final no los abandonará. Nosotros tendemos a ponernos a la defensiva cuando no confiamos lo suficiente en la bondad y la sabiduría de nuestras hermanas y hermanos. La confianza en nuestros miembros es una característica muy dominicana del liderazgo y la formación. Domingo tomó prestado del derecho romano el aforismo: “Lo que concierne a todos debe ser tratado y acordado por todos.” Hoy día, pienso que la sabiduría reside en la buena voluntad y en el sentido común de nuestra hermandad y fraternidad, y ello gracias al plan y cuidado providencial de nuestro Señor.

Otro obstáculo es que a veces no confiamos en nosotros mismos. Dudamos de nuestras capacidades de gobierno. No estamos seguros de nuestra fortaleza en medio del caos. Nos olvidamos que la mano del Señor vela sobre nosotros. Y, así, sin ni siquiera darnos cuenta “privamos a otros de su identidad como una manera de poder fortalecer la nuestra”. A nuestras hermanas y al personal les privamos de la capacidad de pensar, responder, crear y evaluar. La confianza en la “gracia del oficio” es también una actitud muy dominicana, es lo que nos permite relajarnos y tranquilizarnos.

¿Cómo podemos incorporar en nuestra vida cotidiana esos momentos de presencia contemplativa en que estamos conscientes de la Providencia del Señor? ¿Cómo podemos confiar siempre en el dinamismo de la Providencia Divina? La resignación pasiva, que se manifiesta en el dicho “Es la voluntad del Señor” no forma parte de la herencia de Domingo; el compromiso activo es el camino para los dominicos. ¿Cómo podemos dejar que la atención providencial de Dios interrumpa nuestras vidas tan ocupadas y nos lleve hacia adelante y hacia arriba? ¿Qué es lo que nos impide confiar más firmemente en Dios considerándolo nuestra roca y fortaleza? ¿Es que no tenemos tiempo, o no nos tomamos el tiempo para lograr poner en perspectiva la

situación a la que nos enfrentamos? Nunca dejo de maravillarme ante la sabiduría de nuestras hermanas más ancianas. Algunas parece tener una percepción que abarca el pasado, el presente y el futuro, y esto se debe fundamentalmente a su confianza, dependencia de Dios para todas las cosas. ¿Cómo se ven afectados nuestros ministerios por la inmensidad de la Providencia Divina? Una de las ex-prioras de mi Congregación de Columbus, Madre Stephanie, cuatro años después de la Depresión de 1929, escribió: “Confía completamente en el Señor y sigue adelante con coraje en tu importante trabajo; planea todo para el futuro, como si tuvieras una donación de un millón de dólares. En realidad, posees algo más seguro: la fe y confianza en la Providencia de Dios.” ¿Somos lo suficientemente audaces en nuestros ministerios? ¿Estamos dispuestos a arriesgarnos por la inmensidad de la Providencia Divina? ¿Cuáles decisiones hemos tomado recientemente que estaban basadas en la fe y no en el miedo? ¿Podemos permitirnos parecer temerarias? Se trata de conservar la herencia de Domingo. ¿Dejamos la puerta suficientemente abierta para lo inesperado y las sorpresas? ¿O somos tan organizadas y eficientes que tenemos una respuesta o formularios para todo? ¿Tenemos que renunciar un poco a nuestra “profesionalidad” para dar espacio a lo ridículo o lo extravagante? Tal vez, no todos los días, pero por lo menos una o dos veces al año. ¿Cuándo dejamos tiempo para analizar este tipo de preguntas en nuestras reuniones de equipo?

[...]

Ser cariñosas con los demás

Es fácil entender por qué la ternura forma parte de nuestra Espiritualidad de la Animación y la Formación. Domingo era conocido en el mundo entero precisamente por esta calidad. Dante en el paraíso (XII, 57) dijo que Domingo era “cariñoso con los demás” y Lacordaire comentó que Domingo fue capaz de “tocar el corazón de su siglo”.

Domingo era más cariñoso en su trato con los hermanos. Algunos de ellos lo observaban desde una habitación en el dormitorio, que tenía una ventana que daba a la Iglesia. Esto es lo que cuenta uno de los que lo observó: “un fraile discreto y virtuoso (Fray Juan de Bologna) declaró que había observado por siete noches a nuestro beato padre para ver como pasaba sus vigiliias. Después de rezar, se levantaría y visitaría a cada uno de los altares, uno por uno. Seguirá con esto hasta la medianoche. Entonces iba despacio donde dormían los frailes y cubriría a quien estaba destapado. A continuación, iría a la iglesia para seguir con sus oraciones.” Y sabemos de la amabilidad de Domingo cuando llevaba recuerdos a las hermanas y las invitaba a todas, posiblemente un centenar o más, a tomar un trago de vino. Nos cuentan que decía: “Beban, mis hermanas!”. Los relatos sobre su ternura son numerosos.

Seguramente, la historia que la mayoría de nosotros recuerda, es la de Juan de España, llamado también Juan de Navarra. “Cuando el Santo Padre Domingo lo enviaba a Paris... con Fray Lorenzo, Juan le pidió algunas provisiones o algo de dinero para el viaje. El santo se negó a dárselo, urgiéndoles a ir como discípulos de Cristo, sin llevar ni oro ni plata. “Confíen en el Señor” les dijo, “a los que temen a Dios no les falta nada”. Juan no podía aceptar esto; se negó en absoluto a obedecer la palabra del santo. Cuando el santo y amable padre vio la desobediencia del desgraciado hombre, se tiró a sus pies llorando y gritando por el miserable que no podía llorar por sí mismo. Les dijo de darles doce monedas para todo el viaje a Paris”. También recuerdo la historia que cuentan sobre el almuerzo de Timothy, con el Papa. Durante el Sínodo Europeo, el Papa invitó a los participantes a sentarse en su mesa. Cuando Timothy se da cuenta que estaba sentado a la derecha del Papa, el Papa le pregunta: “Fray Timothy, ¿qué haces con un fraile desobediente?” Timothy, con la prontitud que lo caracteriza, respondió: “¡Lo quiero!” El Papa quedó maravillado por la respuesta y contó esta historia en el Sínodo, en diversas ocasiones. El hermano Ventura nos dice que “el beato Domingo tuvo tanta caridad (otra palabra por la ternura) que querría extenderla a todo el mundo, aún a los condenados y a veces lloraba por ellos”. ¿Qué ejemplo para nosotros! ¿Oramos por nuestros perseguidores?

No debemos maravillarnos que Domingo haya sido cariñoso con los demás, ya que era así con Dios. Domingo no sólo hablaba sobre Dios. Domingo se refería a Dios llamándolo “Mi Misericordia”. Se acuerdan de esa oración: “Mi Dios, mi Señor, mi Misericordia, ¿que será de los pecadores?” ¿A qué llamamos nuestro Señor? ¿Contiene la amabilidad implícita en la oración de Domingo? También los nueve modos de orar de Santo Domingo reflejan ese cariño. Cuando Domingo usaba su cuerpo para rezar, al hacerlo podía deshacerse en lágrimas. Y sabemos que él tenía el don de las lágrimas desde muy pronto. Como canónigo en Osma, la compasión caracterizaba su oración: se le vió llorar por los pecadores, los desgraciados y los afligidos, ya que sentía el sufrimiento en su corazón compasivo.

También Santa Catalina es conocida por su ternura. En mi opinión, la historia de su encuentro con Nicolo di Toldo capta la esencia de su ternura. Como recordarán, le pidieron a Catalina que visitara a Nicolo, un

prisionero enojado, que se había negado a ver un sacerdote. Él estaba muy inquieto porque había sido acusado injustamente y no quería escuchar tópicos piadosos sobre el perdón, ya que él creía que había que buscar justicia. Catalina logró conquistar la confianza de Nicolo escuchando su sufrimiento y miedo, y recordándole el gran amor de Jesús por él, a pesar de todo. Al final, pese a que los intentos de Catalina de solucionar esa injusticia no tuvieron éxito, Nicolo le pidió a Catalina que estuviera presente el día de su ejecución.

En la carta de Catalina a Raimundo di Capua encontramos una tierna descripción de este acontecimiento: “Lo esperaba en el lugar de la ejecución y mientras esperaba, oraba... Antes de que llegara, me acosté y puse mi cabeza sobre el bloque, pidiendo a María la gracia que quería. Que pudiera darle luz y paz de corazón en el momento de la muerte. Entonces llegó, como un manso cordero y cuando me vio comenzó a sonreír. Me pidió hacer la señal de la cruz sobre él... Se postró con gran mansedumbre y yo estiré su cuello y me incliné sobre él, recordándole la sangre del Cordero. Con sus labios murmuraba solamente: Jesús, Catalina, y todavía estaba murmurando cuando recibí su cabeza en mis manos...” El cariño de Catalina era una enorme fuente de consuelo y fortaleza. Desgraciadamente, las preocupaciones sobre la mala praxis nos amonestan sobre el uso de un contacto físico apropiado en nuestros ministerios. Tocar puede ser tan curativo y restaurador, en ciertas ocasiones incluso más que las palabras.

Parte del elogio de Catalina a la Misericordia de Dios y, en lugar de la palabra misericordia utilicemos la palabra ternura: “Veo tu misericordia (ternura) que te obliga a darnos aún más cuando tú nos dejas a ti mismo como alimento para fortalecer nuestra debilidad, para que nosotros tontos desmemoriados nos acordemos de tu bondad para siempre. ¿Y qué ha hecho esto? Tu misericordia (ternura)... Porque por donde sea que mi mente se fija; no encuentro más que misericordia! (ternura)”. Tanto Catalina como Domingo amaron un Dios gentil, tierno, que los abrazó y les dio la capacidad de ir y hacer lo mismo.

¿Qué pasa si falta esa ternura? Entra sigilosamente la severidad. Muchas veces, la severidad que existe entre animadoras y formadores y miembros, y entre miembros, se apodera de la vida de la congregación o provincia. Se critica y juzga mucho sin pronunciar palabras de comprensión y ternura. Es preciso entender cuál es el origen de esa severidad y encontrar modos para enfrentarla. De lo contrario, empeora y se extiende como una hiedra. ¿De qué estructuras disponemos para solucionar ese tipo de severidad? ¿Dejamos sencillamente que los amigos se den cuenta?... ¿Cuáles estructuras hay en nuestra vida dominicana para “atropellar esos monstruos” y preocuparnos los unos de los otros?

Con el tiempo, esa severidad se extiende en nuestros ministerios. Nos volvemos impacientes con el personal, críticos ante la debilidad de los demás, intolerantes hacia sus errores... Sin embargo, muchas veces esta severidad no es intencional. Es sólo que no tenemos tiempo de preguntar ¿cómo estás? O de felicitar o guiñarle el ojo a alguien. Estamos muy ocupados. Es útil recordar que en el Génesis, el séptimo día no dependía de que se hubiese terminado el trabajo. No se trataba de una fiesta que podía aplazarse hasta que se terminara lo que había que hacer. El día de reposo se ideó para hacernos parar, descansar y tener una distinta perspectiva, un modo de ser y hacer como el del Señor... Quizás todos nosotros tengamos que trabajar mitad del tiempo y tomamos cuatro semanas de vacaciones más un retiro, de modo que podamos vivir nuestra vida dominicana con tiempo para orar, tanto litúrgica como privadamente, vivir en comunidad, estudiar y no tener tiempo solamente para nuestros ministerios. ¿Qué les parece esto para ir contra la corriente?